

La transformación
Un trasunto procesal kafkiano en tres actos intercambiables
para tres actores transformistas

Iván Rodero Millán
Dramaturgo y Director de escena

Conviene recordar que cuando Kafka leía sus escritos los actuaba para que la gente se riera. El estilo aparentemente objetivo de sus fábulas y aventuras alegóricas admite múltiples reacciones y si ampliamos nuestra visión accederemos a toda una plétora de interpretaciones. Un insecto humano puede ser ridículo, trágico, una farsa, una parábola psicológica, una fábula filosófica...

Paul Strathern. *Kafka en 90 minutos*.

ACTO I

(Suena una música inquietante, la misma que, acto tras acto, se irá escuchando transformadamente de un modo constante en toda la obra. Estamos en un extraño tranvía, sin lugar ni fecha, donde viajan solo dos personas, un Señor y una Señora. La Señora lleva colgado de la mano un muñeco de peluche vestido como si fuera una niña)

SEÑOR.- Bueno, ya era hora.

SEÑORA.- ¿Cuánto hacía que no salíamos a pasear?

SEÑOR.- Demasiado. Desde que empezó todo.

SEÑORA.- Han sido semanas muy duras.

SEÑOR.- A mi me han parecido años. El reloj no marca las horas igual de deprisa cuando gozas que cuando sufres. El tiempo es cruel: cuanto peor estás, más lentamente pasa.

SEÑORA.- Pero por fortuna todo ha pasado. La idea de contratar la criada al final resultó bastante buena, he de reconocerlo, aunque yo me opusiera inicialmente. Pero ahora, que has decidido despedirla, estoy aún más contenta.

SEÑOR.- Sirvió para lo que hacía falta. Nosotros no habíamos sabido deshacernos de... limpiarlo todo, quiero decir, como ella lo ha hecho. Pero ahora es mejor que volvamos a estar solos la familia.

SEÑORA.- Y tan solos. ¿Has visto que no ha subido nadie al tranvía?

SEÑOR.- Bueno, es normal. La gente está trabajando. Nosotros mismos estaríamos también en nuestros puestos de trabajo si no fuera porque nos hemos dado este pequeño descanso.

SEÑORA.- Bien merecido. Dudo que haya quien se haya merecido más el descanso que nosotros tres. La niña (*señalando al peluche*) estaba agotada. Yo no podía más. Y tú... tú has soportado toda la presión, hasta un límite que nunca imaginé que fueras capaz de soportar.

SEÑOR.- ¡Vaya, veo que no me tenías en muy alta estima!

SEÑORA.- No quería decir...

SEÑOR.- Tranquila. Ya sé lo que querías decir. Y tienes razón.

SEÑORA.- Gracias.

SEÑOR.- No, digo que tenías razón en que no ha subido nadie al tranvía. Llevamos solos todo el rato.

SEÑORA.- Dijiste que era por la hora. Te contradices, como haces siempre.

SEÑOR.- Es mala hora para viajar, pero es extraño que no haya nadie de vacaciones, algún jubilado al menos, o alguien que esté trabajando pero necesite trasladarse de un lado a otro de la ciudad.

SEÑORA.- Mejor. Odio los tranvías llenos de gente, oír sus gritos, oler sus sudores, que me empujen...

SEÑOR.- Es extraño. No sé.

SEÑORA.- (*abriendo los brazos para disfrutar más del espacio libre*) En lugar de disfrutar de esta cómoda soledad, te empeñas en buscar algo que sea negativo. Como haces siempre. Mira el sol, que entra por las ventanillas. Qué maravilla. (*coge al peluche lo lleva junto a la ventanilla y hace como que le muestra lo que se ve por ella*). Toda la ciudad está preciosa. Ya no me acordaba de lo hermosa que es nuestra ciudad. Tanto tiempo en casa, encerrados, ocultos... Solo mirando con miedo tras las ventanas. ¡No salíamos ni a los balcones!

SEÑOR.- No era buena idea llamar la atención de nadie con lo que teníamos dentro de casa.

SEÑORA.- Pero tampoco hacía falta estar casi siempre con las cortinas echadas, subiendo y bajando las escaleras solo cuando no había vecinos a la vista.

SEÑOR.- *(acercándose a la ventanilla y dejándose invadir por el placer de recibir el sol)* Bueno, ahora todo ha terminado. Por fin. Y nuestro porvenir es cada vez mejor. Creímos que nos hundiríamos, que esa... transformación sería nuestra ruina. Y resulta que estamos mejor que nunca. Nuestros trabajos son buenos, estables, cómodos. Y quizás en breve tengamos justos ascensos.

SEÑORA.- Tienes razón. Es hora también de cambiar de casa.

SEÑOR.- Eso ya lo hemos hablado. Hay que...

SEÑORA.- Es el momento. Nos sobra una habitación. Necesitamos una casa más pequeña, más barata, pero que sea más cómoda y esté mejor situada. Donde estamos ahora está lleno de malos recuerdos. No quiero volver a ver esas paredes donde... ya sabes. Ni entrar de nuevo en esa habitación horrible. Y mejor jamás encontrarme con ninguno de los vecinos. Cristianos, se dicen. No fue muy cristiano su comportamiento con nosotros cuando más podíamos necesitarlos.

SEÑOR.- Tienes que comprenderlos. La situación no era fácil para nadie. Y menos aún para ellos.

SEÑORA.- Es urgente cambiar de casa. No se hable más. Necesitamos ahora un cambio de aires, de paredes, de todo.

SEÑOR.- Ya he estado buscando algo. Dos habitaciones, un gran salón con mucha luz...

SEÑORA.- *(abrazándole)* No me habías dicho nada. *(cogiendo al peluche y haciendo que el muñeco bese al Señor)* Especialmente ella necesita esa nueva casa. Ella es la que más ha sufrido con lo de su hermano.

SEÑOR.- Se puso tan pálida...

SEÑORA.- Casi no comía. No paraba de llorar por la noche. Yo la escuchaba aunque ella lo hacía muy bajo en su dormitorio para que no nos diésemos cuenta.

SEÑOR.- Ha adelgazado mucho. Yo, por el contrario, he engordado. Hay a quienes los disgustos les hacen perder peso, y a otros nos lo hacen ganar.

SEÑORA.- Casi no dormía...

SEÑOR.- Sin dormir llevamos todos muchas semanas. ¿Cómo íbamos a dormir sabiendo lo que había en esa habitación?

SEÑORA.- Ella, pese a todo, le tenía tanta admiración... Tanto cariño. ¡Y cómo le cuidó! Yo no podía, era superior a mis fuerzas, y eso que era su madre. Pero ella... ¡Qué entereza, qué madurez! Y eso que es una niña.

SEÑOR.- *(tomando ahora al peluche por la cintura, luego por los brazos, subiendo y bajándolo y mirándolo siempre con cariño)* Bueno, ya no es una niña...

SEÑORA.- (*mirando con ternura al peluche, mientras arregla su vestidito*) Es verdad. Ya no es una niña. En estas terribles semanas no he podido mirarla bien, pero ha dado un estirón. Y hoy la veo... la veo ya hecha toda una señorita.

SEÑOR.- Una joven con un buen trabajo, con un futuro prometedor...

SEÑORA.- Que necesita un buen prometido.

SEÑOR.- ¿Qué quieres decir?

SEÑORA.- Hay que ir pensando ya en algún posible pretendiente. La hermosura no dura mucho. Y los jovencitos de nuestra condición, aquí, que no hay tantos, se comprometen enseguida.

SEÑOR.- No tengas tanta prisa. Esta misma mañana, asomado a la puerta de su cuarto, la he visto jugando con una de sus muñecas.

SEÑORA.- ¡En menos de lo que te imaginas, esos muñecos con los que jugará serán tus nietos!

SEÑOR.- Por favor...

SEÑORA.- (*mostrando al peluche y haciendo que se contonee como una modelo*) Mírala. Es una hermosa joven que necesita un buen muchacho.

SEÑOR.- Poco a poco. Quiero ser abuelo, pero no tengo tanta prisa como tú. Por cierto, ¿Por qué nos hemos parado? ¿Ya hemos llegado?

SEÑORA.- (*asomándose a la ventanilla*) Ha subido el revisor. ¿Llevas los billetes?

SEÑOR.- ¿Cómo voy a llevarlos? Cuando subimos, la taquilla estaba cerrada. Ya nos cobrará ahora.

SEÑORA.- Espero que no lo haga con suplemento.

SEÑOR.- Por supuesto que no lo puede hacer. (*mirando a un hombre que se acerca con una chaqueta de Revisor*) Ya se lo voy a explicar ahora mismo. Por favor...

REVISOR.- (*intentado pasar desapercibido*) Perdone. (*y sigue su camino sin pararse*)

SEÑOR.- ¡Por favor!

REVISOR.- (*regresando sobre sus pasos para ponerse frente al Señor*) ¿Qué quiere?

SEÑOR.- ¿Qué voy a querer? Cóbrense. Somos tres.

SEÑORA.- No vaya a cobrarnos suplemento. Cuando subimos, la taquilla estaba...

REVISOR.- Perdonen, pero tengo prisa. (*intenta irse de nuevo*)

SEÑOR.- (*deteniendo al Revisor sujetándole por el brazo*) No puede irse sin cobrarnos.

SEÑORA.- (*enojada*) ¿Es un truco para cobrarnos luego con suplemento?

REVISOR.- *(al Señor, con malos modales)* ¡No me toque!

SEÑOR.- *(soltándole)* Cóbrenos. Es su deber.

REVISOR.- Ya lo haré luego.

SEÑOR.- Nosotros nos bajamos ya, en el Parque, así que no habrá tiempo luego.

SEÑORA.- ¡Y no pensamos pagar nada extra por su culpa!

REVISOR.- Lo lamento, pero la parada del Parque ha sido suprimida.

SEÑOR.- ¿Qué?

SEÑORA.- ¿Cómo dice?

REVISOR.- Este servicio se ha transformado. Debían haberlo leído antes de subir.

SEÑOR.- ¿Una transformación?

SEÑORA.- *(desesperada, para sí misma)* No me gusta esa palabra. Odio la transformación.

REVISOR.- Yo no tengo la culpa. Ni decido sobre los trayectos. Hay un libro de reclamaciones, pero habrá que esperar porque lo están restaurando.

SEÑOR.- ¿Y cuál es entonces, ahora, la próxima parada?

REVISOR.- Esta línea es circular. Solo tiene dos paradas.

SEÑOR.- Sigue sin contestarme. Díganos, por favor, cuál es la próxima parada.

REVISOR.- Como le he dicho, Señor, estamos en una línea circular continua que para exclusivamente en Los Juzgados y en La Prisión.

SEÑOR.- ¿Está usted de broma?

SEÑORA.- No voy a aceptar que se burle de mi marido. Somos personas decentes y...

REVISOR.- Los que parecen con ganas de bronca son ustedes. Ya les dije que yo no hago las líneas. Ustedes han subido en ésta libremente. Y las paradas son dos: Los Juzgados y La Prisión.

SEÑOR.- ¡Eso es imposible!

REVISOR.- Piense lo que quiera. Debo seguir mi trabajo.

SEÑORA.- ¿Su trabajo? ¡Pero si no hay nadie más en este tranvía!. *(furiosa, acercándose cada vez más al Revisor)* ¿A quién más tiene que revisar? ¿A los asientos? ¿A las moscas?

REVISOR.- *(amenazador)* Señora, respéteme si quiere que yo la respete. O prefiere que...

SEÑOR.- (*poniéndose en medio e intentando tranquilizar la situación*) Mi mujer le ha respetado, Señor Revisor. Tengamos todos calma. Pero ella tiene razón. Solo viajamos nosotros. El resto del tranvía está vacío. Desde que subimos, no ha entrado ni se ha bajado nadie.

REVISOR.- Eso no es asunto mío. Yo debo ir de un extremo a otro del tranvía, haya viajeros o no. La revisión no depende de la gente. La revisión es importante por sí misma.

SEÑOR.- No lo entiendo.

REVISOR.- No tiene por qué comprenderlo. Es un asunto profesional. Usted no es un profesional del transporte público y es lógico que no lo pueda entender.

SEÑORA.- (*de nuevo amenazante*) ¡No insulte a mi marido! Mi esposo es un gran profesional...

REVISOR.- (*entre brusco y displicente*) Si fuera un profesional del transporte no me habría pedido que le cobrase. Los profesionales viajamos gratis, como es lógico. Y nuestras familias también, por supuesto, como debe ser. Así que será un profesional de cualquier otra cosa, pero eso no le da ningún derecho aquí.

SEÑOR.- (*otra vez intentando calmar la situación*) Tengamos calma. Si nos hemos equivocado de tranvía no pasa nada. Nos bajamos en la próxima parada, sea la que sea, y nos cambiamos a la línea correcta.

REVISOR.- Esta es una línea completamente correcta.

SEÑOR.- Quería decir, a la línea correcta para nosotros.

REVISOR.- Esta línea es correcta para todos, usted incluido. No hay correcciones parciales en las líneas. Sería absurdo que una línea fuera correcta para unos y no lo fuera para otros.

SEÑOR.- Perdóneme una vez más. Lo que quería decir es que nos bajamos en la próxima estación y tomamos otra línea que esté mejor... más ajustada a nuestras necesidades.

REVISOR.- No creo que eso sea posible.

SEÑOR.- ¿Qué quiere decir con que eso no es posible?

SEÑORA.- Mi marido está siendo muy claro y considerado con usted. Disculpe si yo me altero más. Las mujeres nos controlamos menos, ya se sabe. Y además, hemos tenido una temporada muy complicada en nuestra familia, aunque eso quizás no le incumba. Pero lo importante es que tenemos que bajarnos en la próxima parada y...

REVISOR.- Señora, le agradezco su amable disculpa. Pero ya le he dicho a su marido que no va a ser posible.

SEÑOR.- No puedo entenderlo. ¿Qué es lo que no va a ser posible? ¿Bajarnos en la próxima estación? ¿Tomar otra línea? ¿Encontrar una línea que nos lleve donde queríamos?

REVISOR.- Todo.

SEÑOR.- ¿Todo?

SEÑORA.- ¿Todo de qué?

REVISOR.- Todo de todo. Lo repetiré porque mi profesión exige repetir mucho. Estamos entrenados para repetir. Con amabilidad siempre. Es nuestra profesión. Así que se lo digo, señores, una vez más: esta línea tiene solo dos paradas, Los Juzgados y La Prisión.

SEÑOR.- Eso ya lo ha dicho antes y lo hemos entendido perfectamente.

REVISOR.- Pues si lo ha entendido, ¿Por qué lo pregunta de nuevo?

SEÑOR.- No lo pregunto. Le digo que vamos a bajarnos en la próxima estación. Sea Los Juzgados o La Prisión. Y ya buscaremos otra línea.

SEÑORA.- *(a su marido, embelesada)* Te lo dije antes. Te admiro.

REVISOR.- No podrá ser. Ya lo verán.

SEÑOR.- ¿Qué veremos?

SEÑORA.- Mi marido es muy paciente, y le admiro por ello. Pero yo estoy empezando a hartarme. Ya sabe que las mujeres nos cansamos antes, así que...

REVISOR.- Mejor que no se cansen pronto, porque tienen ustedes para rato.

SEÑOR.- ¿Estamos muy lejos de la parada que sea?

REVISOR.- No es lo lejos que se esté. Eso depende. Lo importante es si se trata de su parada, o no lo es.

SEÑOR.- Eso lo decidiremos nosotros, ¿no?

SEÑORA.- Yo ya no lo soporto. *(señalando al peluche)* Y nuestra hija está agotada. Ha llevado una temporada muy dura. *(al Revisor, amablemente)* Por compasión se lo ruego...

REVISOR.- La compasión no está en el Reglamento, espero que lo entienda.

SEÑOR.- Si no nos dejan bajar en la próxima estación, les demandaré.

REVISOR.- Ya les he dicho que hay un libro de reclamaciones, aunque lamentablemente está en restauración.

SEÑOR.- ¿Y entonces, qué opciones nos ofrece?

REVISOR.- Mi trabajo no es ofrecer opciones. Tengo la misión de revisar y reviso. Y ustedes me están impidiendo hace ya mucho tiempo que siga con mi trabajo.

SEÑOR.- Es usted quien nos está entreteniendo con sus incongruencias. Nosotros solo queríamos pagarle el billete y bajarnos.

SEÑORA.- Eso es. Y pagar sin suplemento, ya que subimos sin billete porque la taquilla estaba...

REVISOR.- Ya les he dicho que no es posible.

SEÑOR.- Pagar, veo...

REVISOR.- Todo.

SEÑORA.- ¿Otra vez todo? Siempre habla de todo. (*furiosa de nuevo*) Todo... ¿Qué todo?

REVISOR.- (*extrañamente conciliador*) Si no quiere que responda “todo”, responderé por partes. No pueden pagar. Y no pueden bajar. Eso es to... Perdón: eso es.

SEÑOR.- Ya se lo he dicho. Si no nos dejan bajar en la próxima, les demandaré.

SEÑORA.- ¡Y pediremos daños y perjuicios!

REVISOR.- Están en su derecho. El libro de ...

SEÑOR.- Ya sabemos que lo están restaurando. No hace falta que lo repita una y otra vez. Pero mi demanda no será una queja normal de esas de poner en su libro.

SEÑORA.- ¡Se les va a caer el pelo!

REVISOR.- ¡No me amenace! No voy a soportar más sus impertinencias. Me voy. Debo seguir revisando. (*se va irritado, y sale de escena*)

SEÑOR.- ¡Oiga!

SEÑORA.- Déjale. En cuanto pare el tranvía nos bajamos. Y luego, los demandas. La niña y yo... necesitamos ir a un baño.

SEÑOR.- ¿Con urgencia?

SEÑORA.- Bueno. Ya se sabe que las mujeres vamos más al baño... (*hace como que habla en voz baja con el peluche y asiente con la cabeza*) Con cierta urgencia, mejor.

SEÑOR.- La próxima parada no puede tardar mucho. ¿Hace cuanto fue la última?

SEÑORA.- No sé. Con la charla, el sol... perdí un poco la noción del tiempo.

SEÑOR.- Yo creo que deberíamos haber parado ya, por lo menos un par de veces.

SEÑORA.- Bueno, paramos para que subiera el Revisor. Aunque no sé si eso era una parada.

SEÑOR.- No va a subir en marcha, qué cosas tienes. Pero eso tuvo lugar hace ya mucho tiempo. Deberíamos haber parado ya.

SEÑORA.- Seguro que pronto llega. No te preocupes. No nos va a estropear nuestro día de descanso ese Revisor maleducado.

SEÑOR.- Por cierto, ¿Dónde está? No le veo... Y seguimos solos en el tranvía.

SEÑORA.- Es extraño...

SEÑOR.- Eso dije yo antes.

SEÑORA.- Tienes razón. Con lo bien que había empezado el día.

SEÑOR.- Los Juzgados... La Prisión... No es lógico. No pueden estar en la misma línea. Ocupan lugares en los extremos opuestos de la ciudad.

SEÑORA.- El Revisor dijo que era una línea circular.

SEÑOR.- Ni así. Si fuera circular, deberíamos haber pasado por otras paradas.

SEÑORA.- Dijo que no había otras paradas.

SEÑOR.- Aunque no parase, deberíamos pasar por otros sitios, tendríamos que cruzar la ciudad de punta a punta y hace mucho que no he visto ningún lugar conocido.

SEÑORA.- *(consultando con el peluche)* Nos estás asustando. ¿Qué pasa entonces?

SEÑOR.- No lo sé.

SEÑORA.- Entonces, seguro que no pasa nada. *(acercándose de nuevo a la ventanilla)* Anda, acércate a la ventanilla, que aún entra un poco de sol.

SEÑOR.- Eso es también extraño.

SEÑORA.- Hoy todo te parece raro. ¿Qué hay de extraño en el sol que entra por la ventanilla?

SEÑOR.- Fíjate en lo que has dicho. Aún entra un poco de sol... ¿Cuánto tiempo llevamos viajando en este tranvía para que el sol haya avanzado tanto? No puede ser. Es absurdo...

SEÑORA.- *(consultando con el peluche y afirmando de nuevo con la cabeza)* Perdona, pero lo del baño... como te dije, es urgente.

(Suena de nuevo esa música inquietante. La Señora le quita la ropa que llevaba el peluche y le pone una gorra de militar dejándolo apoyado en un taburete que saca de un lateral del escenario, mientras se empieza a cambiarse de vestido, delante del público, poniéndose una gruesa corbata en la blusa y una gabardina, hasta parecer un Abogado. El revisor, por su parte, entra en escena y se quita la chaqueta que llevaba y

se pone una cofia y un delantal, transformándose así en una Criada. Finalmente, el Señor se pone una peluca con un lazo y un vestidito de muchacha. La ahora Criada toma de un lateral del escenario una pequeña mesa y tres sillas, que pone en el centro de la escena. Se sientan los tres, esperando a que la música cese)

ACTO II

(Estamos ahora en una especie de sórdida sala de visitas, típica de una prisión de pesadilla. Sentados en la mesa están un Abogado muy serio, leyendo los papeles que ha sacado de su bolsillo, y dos reclusas, una con aspecto de niña –la Hermana del finado- y otra vestida de Criada, que no paran de hablar entre ellas. En el taburete, el peluche, con gorra de militar, vigila lo que sucede)

EL ABOGADO.- *(con tono profesional un tanto exagerado)* Señoras... *(las mujeres siguen sin dejar de hablar entre ellas)* Señoras, por favor. *(se callan ambas y miran al abogado con cierta desgana)* Tenemos que preparar la apelación. Están todavía como preventivas. Aún no les han obligado a uniformarse como reclusas. Y aunque por ahora han salido relativamente bien libradas, al no aceptarse la acusación de asesinato en primer grado, y pasar el fiscal a proponer el delito menor de colaboradoras necesarias, sin embargo, aún con esa rebaja, la pena va a ser larga. Si apelamos, podemos conseguir una reducción importante de la misma.

LA HERMANA.- Pero... seguiremos juntas en la cárcel, ¿No?

LA CRIADA.- ¿Es que podrían separarnos?

EL ABOGADO.- Señoras, céntrense en...

LA HERMANA.- A mi me da igual la condena, si no nos separan. Aquí, la verdad, estamos bastante bien.

LA CRIADA.- Yo creo que muy bien. Mucho mejor que en la casa de sus padres. Al menos, el trabajo tiene un horario mucho más ajustado. Y la comida... es muchísimo mejor. *(al Abogado, como una confidencia)* La comida en casa de los Samsa era... ¿Cómo lo diría? Un poco "rara". Ya sabe usted, comida de gente... extraña. *(guiñándole el ojo, como entre colegas masculinos)* No era la cocina nuestra, ya me entiende.

LA HERMANA.- *(a la Criada)* ¿Cómo puedes decir eso? Eso no es verdad. ¡Y lo sabes!. *(a punto de llorar)* Aprovechas cualquier oportunidad para meterte con mi familia y su origen. Ellos, los pobres, nacieron donde nacieron. No es culpa suya. Y tampoco es responsabilidad suya la educación y las costumbres que allí les dieron. *(al Abogado, con ternura)* Cada uno nace donde le toca. Es como un sorteo... No se puede elegir.

LA CRIADA.- *(al Abogado, con la misma complicidad masculinizante)* Este es un tema que ni usted ni yo deberíamos tocar.

EL ABOGADO.- *(asombrado)* Pero... yo no he sacado el tema. ¡Ha sido usted quien se ha metido con los guisos de la familia!

LA HERMANA.- *(al Abogado)* Ya ve usted lo que tengo que aguantar. Ella es así. Siempre termina acusando a otro de su propia falta. Si la comida en casa de mis padres era rara, la culpable solo podía ser ella, que era la cocinera.

LA CRIADA.- *(a la Hermana)* ¡Ya salió la señorita! Como la niña no sabía ni freír un huevo... Claro, el que no guisa no se equivoca. Además, tú no tenías que batallar con las instrucciones de tu "mamá". *(poniendo voces de señora mayor y un tono extranjero exagerado)* Cuide con el guiso. Ya sabe que al señor no le gustan las patatas muy hechas. A la niña no le gustan las zanahorias si no están muy hechas, téngalo en cuenta... Y no olvide las especias, que sin especias los guisos no saben a nada. Aquí, no se lo tome a mal, pero no saben cocinar con especias, qué le vamos a hacer...

LA HERMANA.- *(enojada)* Deja de imitar a mi madre. No habla así, tú la imitas como hablan los extranjeros de las películas.

EL ABOGADO.- Señoritas, por favor, si me dejan un momento...

LA HERMANA.- Como quiera. Pero es usted quien no centra nunca la conversación.

LA CRIADA.- *(chulesca, chocando una mano con la otra)* Eso, al grano. Que cada visita suya vale una fortuna...

EL ABOGADO.- *(con paciencia "administrativa")* Retomemos la cuestión. Lo primero, para preparar la apelación, es repasar muy bien todo lo que sucedió en torno a la transformación del finado.

LA HERMANA.- *(casi llorando)* Mi hermano...

LA CRIADA.- *(llorando con ella)* Su hermano...

EL ABOGADO.- Su hermano, Gregorio, sí, que en paz descanse. *(hace una pequeña bajada de cabeza como señal de respeto, y sigue)* Recordemos cómo la familia descubre su transformación, de qué manera lo descubrieron también en el trabajo...

LA CRIADA.- *(exagerando el tono trágico)* Fue horrible.

EL ABOGADO.- ¿Pero usted no estaba todavía sirviendo en la casa, no es así? Empezó a servir a los Samsa bastante más tarde...

LA CRIADA.- Si, pero sé que fue horrible.

LA HERMANA.- Lo fue. Inesperado y horrible.

LA CRIADA.- También inesperado, es verdad.

EL ABOGADO.- (*a la Criada*) Por favor, remítanse a los hechos que pudieron contemplar en primera persona. No valen los testimonios sobre lo que no hayan vivido como testigos.

LA CRIADA.- Yo lo he vivido, a través de ella.

EL ABOGADO.- Tampoco vale así. Lo siento, ha de haberlo vivido directamente.

LA CRIADA.- (*furiosa*) Cómo se nota que es usted un típico hombre. Ustedes no son capaces de entender lo que puede comprender una mujer.

EL ABOGADO.- Señoras... se lo ruego: centrémonos. Tras la sorpresa, la tragedia invade a toda la familia.

LA HERMANA.- Así fue. Pero, como suele decirse, y por extraño que parezca, tras la tormenta viene la calma. Todos fuimos aceptando la transformación de mi hermano. No era fácil, pero la normalidad regresó a nuestra casa.

LA CRIADA.- Bueno, normalidad, normalidad...

EL ABOGADO.- ¿Ya estaba allí o aún dice lo que le dijeron?

LA CRIADA.- Va... Siempre a la suya. ¡Hombres!

EL ABOGADO.- Por los testimonios y pruebas que se presentaron en su momento, aún parece que en su casa duró el cariño, a pesar de las trágicas circunstancias.

LA HERMANA.- Si, así fue. Hasta que entró en la historia el dinero.

EL ABOGADO.- ¿Y por la falta de dinero la amabilidad fue desapareciendo?. Dígame qué pasó.

LA CRIADA.- Pero, usted... ¿Qué espera que le diga? Es un cerdo morbosos...

EL ABOGADO.- (*a la Criada*) No me insulte, por favor. Yo he venido aquí solo a ayudarlas.

LA CRIADA.- Pues ayúdenos, pero no busque el morbo. No pregunte lo que ya nos han preguntado esos periodistas asquerosos.

EL ABOGADO.- (*asustado*) ¿Periodistas?

LA HERMANA.- (*a la Criada*) Estás mucho más guapa calladita.

LA CRIADA.- (*a la Hermana, seductora*) Yo no te voy a decir cómo estás más guapa, bonita, porque está ese hombre delante, que si no...

EL ABOGADO.- Esto es muy importante: ¿Han hablado con periodistas?

LA CRIADA.- Oiga, ¿Es usted de verdad abogado? ¿Es que está sordo? Hemos hablado de las preguntas de los periodistas. No hemos dicho que les hayamos respondido.

LA HERMANA.- A mí, me llamaron del periódico. Pero no quise hacer declaraciones.

LA CRIADA.- A mí también me llamaron. Pero me negué a hablar. Y eso que me ofrecieron dinero, ¿eh? *(al Abogado)* Me callé. Mudita del todo. ¿Lo haría eso un hombre? ¡Claro que no! Con lo que les gusta a los hombres hablar, el dinero y la fama. Solo una mujer de verdad es capaz del sacrificio de estar callada. *(más tierna)* Por amor, claro.

EL ABOGADO.- ¿Ha dicho por amor?

LA HERMANA.- *(a la Criada)* Cállate.

EL ABOGADO.- ¿Puede saberse de qué amor habla?

LA CRIADA.- *(disimulando con tono falso)* El amor que siente una buena criada por la buena familia a la que sirve.

EL ABOGADO.- Señora...

LA CRIADA.- Señorita.

EL ABOGADO.- Señorita: soy hombre, ya ve, pero no soy tonto. Y lo que no me digan a mí, puede ser utilizado en su contra en la apelación.

LA HERMANA.- Dejemos ese tema. Sigamos con el repaso.

EL ABOGADO.- No, es preciso que aclaremos antes eso del amor que ha comentado la señorita...

LA HERMANA.- *(cortándole)* La señorita no tiene nada más que decir sobre eso.

LA CRIADA.- ¡Eso!. No hay comentarios. Pasa a lo siguiente.

EL ABOGADO.- Entiéndalo, se lo ruego. Las dos: yo no soy periodista. Soy su abogado. Si no tienen plena confianza conmigo, podemos cometer errores irreparables en el juicio.

LA HERMANA.- Ya le he dicho que no hay nada que comentar. Sigamos.

LA CRIADA.- ¿No la ha oído? Adelante. Sin comentarios.

EL ABOGADO.- Como quieran. Seguimos. Es importante que tengamos muy claro que en el juicio se preguntaran por cómo ese afecto, ese amor que aún quedaba en la familia por quien sufrió esa transformación, termina dando lugar luego a la crueldad. ¿Cuándo y cómo se producen las heridas con los cristales y las manzanas?

LA HERMANA.- *(indignada)* ¿Crueldad? ¿Nosotros, crueles? La auténtica crueldad es despertarte una mañana normal y que tu vida se vaya al traste, en un segundo, sin haber hecho nada. Crueldad es que tengas ilusiones, proyectos, sueños... y se evaporen como pompas de jabón. Cruel es que creías una noche que ibas a ser feliz y te despiertas a la mañana siguiente como la desgraciada hermana de un monstruo.

LA CRIADA.- (*al Abogado, amenazante y despectiva*) Cruel es usted. Qué asco. Todos los hombres lo son.

EL ABOGADO.- Sé bien que han pasado una auténtica tragedia.

LA HERMANA.- Inmerecida.

LA CRIADA.- Y también imprevista.

EL ABOGADO.- Pero yo estoy aquí para ayudarles. Confíen en mí. Estoy seguro que en la apelación se apiadarán de ustedes. Son tan jóvenes. No pueden castigarlas a desperdiciar toda su belleza y juventud en una cárcel.

LA CRIADA.- Pero estaremos juntas, ¿No?

EL ABOGADO.- ¿Es que no comprenden la gravedad del caso? Da igual que en la cárcel sigan juntas o no.

LA HERMANA.- No da igual.

LA CRIADA.- Por supuesto que no da lo mismo.

EL ABOGADO.- Es su juventud perdida en una cárcel a lo que se están arriesgando. Hay que saber jugar bien nuestras cartas, debemos contar su historia para que vean que no son culpables. Prosigamos: el regreso a una cierta fría normalidad, la necesidad de pedir ayuda para que le cuiden...

LA CRIADA.- (*orgullosa*) ¡Y aquí ya entro yo!

EL ABOGADO.- Luego, la casa convertida en casa de huéspedes, y cómo el monstruo se muestra a los mismos inesperadamente...

LA HERMANA.- Le pido que no le llame monstruo, por favor.

EL ABOGADO.- Perdone. Hablaba de cómo el transformado Gregorio se muestra a los huéspedes, una situación que ya no se puede soportar, en la que el propio joven entiende que es mejor desaparecer...

LA CRIADA.- Ahí tiene razón. El pobrecillo, fuera lo que fuese, era el que peor lo pasaba. Yo creo que él mismo se quitó de en medio. En el fondo, nadie le trató mal. Y mucho menos le mató. El señorito, o lo que quedaba de él, más bien... prefirió morir.

EL ABOGADO.- (*vivamente interesado*) ¿Insinúa un suicidio? ¿Se suicidó su hermano? ¿Gregorio Samsa se quitó él mismo la vida?

LA HERMANA.- No le comprendo. ¿Por qué lo pregunta así?

LA CRIADA.- (*al Abogado*) Es que usted no le vio... pero era, ay, madre mía... Si usted o yo nos hubiéramos transformado así... Bueno, no sé usted, porque los hombres son unos cobardes... pero yo... (*hace señal de ahorcarse ella misma poniéndose la cuerda en el cuello y luego tirando de la soga*) Mejor acabar pronto. Soy mujer, y las mujeres sabemos cuándo hay que poner el punto final.

EL ABOGADO.- *(a la Criada)* ¿Y es verdad que, cuando todo acabó, usted limpió todo y se encargó de... llevarse los restos?

LA CRIADA.- *(sin sombra de duda)* Como decía mi madre, si el mal se ha ido, limpiemos primero. Y luego...

EL ABOGADO.- *(atónito por la frialdad con que cuenta el hecho)* ¿Y luego?

LA CRIADA.- Pues ya sabe: hay que regresar a la vida. La vida continúa.

LA HERMANA.- *(mostrando un poco más de sentimiento)* Bueno, todos pensamos que ya no se podía hacer otra cosa.

LA CRIADA.- *(con contundente frialdad)* Yo creo que se hizo lo que se debía. Ni más ni menos. Yo limpié, que para eso estaba allí. Y la familia se fue de paseo, que ya era hora, después de tantos días encerrados en casa.

EL ABOGADO.- Si lo cuentan de este modo, no creo que despertemos la clemencia que necesitamos.

LA HERMANA.- ¿Nadie va a entender que ya habíamos sufrido bastante?

LA CRIADA.- *(al Abogado, siempre con mal tono)* Por Dios. A un hombre nunca le parece que una mujer ha sufrido bastante...

EL ABOGADO.- No sé, no sé...

LA CRIADA.- *(a la Hermana)* Por una vez estoy de acuerdo: este abogado no sabe nada...

LA HERMANA.- *(a la Criada)* Cállate, por favor.

LA CRIADA.- *(hablando a los dos)* Ya se ve que si una es criada, lo es para siempre. Y todo el mundo se cree con derecho a decirme lo que debo hacer. Pero, ojito, que aquí no soy criada. Soy... reclusa. Un respeto. Reclusa y... *(hablando solo a la Hermana)* bueno, ya sabes lo que soy contigo.

EL ABOGADO.- ¿Me explicarán al final lo que se traen entre manos?

LA HERMANA.- Calla, te lo ruego.

LA CRIADA.- No solo entre manos, hombre-abogado. *(se ríe de forma morbosa)* Pero no le voy a decir nada. Esto queda entre mujeres. Los hombres no podrían entenderlo. *(se dirige al muñeco de peluche con la gorra, apoyado en el banquillo)* Guardia, creo que la reunión con el abogado ya ha terminado.

LA HERMANA.- ¿No hay nada más que decir?

LA CRIADA.- Cállate tú ahora.

EL ABOGADO.- *(enojado)* Lo que ustedes deseen. Yo estoy a su servicio. Pero si no preparamos bien la historia, en la apelación no vamos a conseguir nada.

LA CRIADA.- La historia es historia. Ya pasó lo que pasó. Y si no nos cambian de prisión, por mi, tan tranquila con seguir unos años más juntas.

EL ABOGADO.- Pero, ¿Es que solo quieren eso?

LA CRIADA.- *(juntando las manos para mostrar la unión)* Con eso... nos basta.

EL ABOGADO.- *(a la Hermana)* Dígame, señorita, ¿A usted también le basta con seguir juntas?

LA CRIADA.- *(tomando a la Hermana del brazo)* Nos basta a las dos. Y ya nos sobra usted. Y de paso, todos los hombres. *(se ríe mientras se va, haciendo como que el peluche las dirige a ambas a un lado de la escena)* Qué sabrán los hombres. *(al peluche)* Ni tú sabes nada, madero.

(Los tres actores, mientras la música "transformada" de antes vuelve a sonar, se cambian nuevamente de ropas: el Abogado se viste de nuevo de Señora y le pone al peluche una kipá -en lugar de la gorra de guardia que llevaba- como si fuera su marido; mientras, la Criada se pone una bata oscura de Alguacil y el Señor se pone una toga y una peluca de Juez. El Alguacil pone, sobre un estrado central, la mesa y una silla, y sobre la mesa coloca unos objetos que no se ven bien; mientras tanto, el Señor y la Señora se llevan las otras dos sillas al extremo contrario de la escena)

ACTO III

Estamos ahora en un extraño tribunal, kafkiano, semivacío y agobiante, sin lugar ni fecha. El Juez, con su toga negra, está sentado junto a la mesa, y sobre ella vemos ahora con claridad un mazo apoyado en una cacerola brillante. A su lado, el Alguacil, con una bata oscura de escribano, ejerce de secretario. A distancia, sobre dos sillas que forman algo parecido a un banquillo, la Señora con su blusa blanca y una falda pantalón negra, y a su lado un gran muñeco de peluche con una kipá sujeta en la cabeza con unas horquillas, haciendo de esposo de la Señora.

EL JUEZ.- *(poniéndose una enorme peluca y golpeando su mazo contra la cacerola)*
¡¡¡Silencio! ¡¡¡Silencio!! ¡¡¡Silencio!!!

EL ALGUACIL.- *(acercándose con sigilo al Juez)* Perdone, su Señoría, pero aquí no está hablando nadie...

EL JUEZ.- *(aún más furioso, con el mazo dando ya por todas partes sobre la mesa)* ¡¡¡Por eso necesito que hagan silencio!!! Yo tengo que hacer silencio, y si no hablan antes... ¡¡¡no hay forma de hacer silencio!!!

EL ALGUACIL.- *(haciendo voces inconexas sin dejar de estar tieso como un palo)* La-la-la-Ju-Ju-Ju-Le-Le-Le...

EL JUEZ.- *(mirando con una sonrisa tierna al Alguacil)* ¡¡¡Silencio!!! ¡¡¡O haré desalojar la sala!!! *(el Alguacil se calla, y el Juez se ajusta satisfecho la peluca tras el esfuerzo de los mazazos)* ¡Señor Alguacil, incidie! *(el Alguacil mira al Juez, moviendo las cejas pidiendo explicación)* ¡Señor Alguacil, incendie! *(más señales de incredulidad del Alguacil, mirando ahora al cielo)* ¡Señor Alguacil, inci... inie... *(tomando el Juez el mazo de forma amenazante)* ¡¡¡I-ni-cie el procedimiento, Señor Alguacil!!!

EL ALGUACIL.- *(ajustándose la ropa y aclarando la garganta pasa a declamar con voz administrativa)* ¡Todos en pie! *(mira y comprueba que se ponen en pie la Señora y su peluche, únicos presentes)* Se inicia el procedimiento ordinario según las normativas especiales sustanciales del caso extraordinario recogido en el expediente consecuente del código presente... *(sigue diciendo palabras cada vez más bajas, inaudibles, hasta que recupera el tono solemne para concluir)* del Caso del Estado Superior Central Constitucional contra el matrimonio Samsa, Señor y Señora Samsa, por el misterioso fallecimiento de su hijo monstruoso, Gregorio Samsa, finado. He finalizado.

EL JUEZ.- *(mirando despistado a todas partes menos abajo, donde están los acusados)* ¿Se encuentran aquí ya los acusados?

LA SEÑORA.- *(Carraspeando y subiendo el brazo hacia el Juez)* Si... Se...

EL JUEZ.- *(al Alguacil)* ¿Están los acusados?

EL ALGUACIL.- Si, Señoría.

EL JUEZ.- ¿Dónde?

EL ALGUACIL.- Donde siempre, Señoría. Abajo del todo.

EL JUEZ.- *(asomándose con cierto miedo y mirando hacia abajo).* Ah, sí. *(se asoma de nuevo y ve a la Señora que sigue agitando el brazo, y mueve el brazo de su peluche también para que ambos saluden a la vez. Mira de nuevo al Alguacil)* ¿Son normales?

EL ALGUACIL.- Son los acusados, Señoría.

EL JUEZ.- Vale, vale. *(mirando a los acusados que siguen saludando sin parar)* Pueden sentarse los acusados. *(los acusados siguen en pie saludando)* ¡Que se sienten los acusados! *(la Señora y su peluche, junto al banquillo de los acusados, parece que no oyen al Juez, y siguen saludando, ahora ya en todas las direcciones)* ¡Si-en-ten-sen! *(les tira el mazo, y la Señora esquiva el golpe y se sienta con su peluche, ambos con la cabeza baja).*

EL ALGUACIL.- (*mientras se acerca a coger el mazo, se dirige a la Señora*) Presten atención. El juez no está de muy buen humor esta sesión... (*regresa hacia la mesa del Juez, haciendo malabarismos con el mazo como las majorettes americanas, y le pone el mazo sobre la cacerola, haciendo una reverencia al Juez*) Señoría... los acusados están sentados.

EL JUEZ.- (*mientras saca papeles desordenadamente de su toga*) Ya están los acusados advertidos de la gravedad de los delitos que se le imputan. Su abogado no ha podido venir, porque está enfermo, pero ha enviado por escrito sus alegaciones, que obviamente no nos interesan, ni vamos a aceptar. (*volviendo a tomar el mazo, amenazante*) Ustedes son unos monstruos... de los testimonios y pruebas presentadas se demuestra con meridiana claridad que son los responsables del reiterado maltrato y la consiguiente muerte de su hijo monstruoso, Gregorio. ¿Tienen algo que decir?

LA SEÑORA.- (*levantándose, y con ella el peluche*) Se... Señoría... Nosotros no sabíamos que iba a morir. Le cuidamos lo que pudimos. Él solo se murió. Seguramente de pena, por su terrible transformación. Mi marido opina lo mismo. (*coge la cabeza del peluche y hace que asienta*) Nuestro hijo sufrió una horrible transformación, ¿verdad, papá? (*el peluche de nuevo asiente, gracias a la mano de la Señora*) De nada somos culpables, Señoría. Somos víctimas. Víctimas de un suceso anormal...

EL JUEZ.- (*furioso*) ¿Anormal? ¿Anormal ustedes? ¿Anormal su hijo? ¿Qué es normal?

LA SEÑORA.- Se... Se...

EL JUEZ.- ¿Son ustedes normales?

LA SEÑORA.- (*sorprendida*) Se...

EL JUEZ.- ¿Son judíos, no?

LA SEÑORA.- (*inquieta*) Sí, Se...

EL JUEZ.- ¿Y ser judío es normal? ¿Es más o menos normal que ser una cucaracha?

LA SEÑORA.- (*indignada*) Se... Se...

EL JUEZ.- ¿No es más verdad que hay muchas más cucarachas que judíos? ¿Y que las cucarachas nos acompañan desde mucho antes del inicio del mundo según su "Torrá"?

LA SEÑORA.- (*ofendida, esta vez sin titubear*) La Torá, Señoría...

EL JUEZ.- Da lo mismo. Su lo que sea, como se llame... es mucho menos antigua que esos tranquilos blatodeos, del latín *Blatta*, que quiere decir «cucaracha» y del griego *eidés*, que significa «que tiene aspecto de», conocidos también como cucarachas, cutias o baratas, un orden de insectos hemimetábolos paurometábolos de cuerpo aplanado, que miden del orden de 3 a 7,5 cms., que suelen ser de color castaño u oscuro aunque algunas tienen colores llamativos... (*respira para seguir*) y del que se conocen más de 4.500 especies en cerca de 500 géneros, seres que, en contra de las termitas, no son sociales, aunque algunas cucarachas tienden a agregarse en grupos y

podrían considerarse presociales... *(respira más y se ajusta la peluca, con cierta coquetería)* Los primeros fósiles de blatodeos modernos con oviscapto interno aparecen al comienzo del Cretácico, que comenzó hace 145 millones de años... Los entomólogos agrupan a los Mantodea, Isoptera y Blattodea en un superorden llamado Dictyoptera, y evidencias actuales sugieren que las termitas evolucionaron desde las cucarachas auténticas, pero si esto fuese así, entonces Blattodea excluyendo los isópteros no serían un grupo monofilético y los isópteros serían realmente una familia de cucarachas¹... *(agotado pero satisfecho, mirando a los acusados con sonrisa malévol)* ¿La Torá, no? ¡Ja, ja, ja! ¡Cientocuatrecientos millones de años! Dígame si hay algo más normal que una cucaracha...

LA SEÑORA.- *(hablando primero con su peluche, luego se levanta de nuevo y se dirige al Juez)* Se... Señoría. No vamos a soportar ataques antisemitas. Tenemos nuestros derechos. Ya hemos sufrido bastante...

EL JUEZ.- *(al Alguacil)* Diga a los acusados que el juez no ha sido antisemita. Que el juez solo ha enumerado razones histórico-biológicas, hechos científicos. Dígaselo.

EL ALGUACIL.- *(a los acusados)* Dice el Señor Juez que no ha sido antisemita. El Señor Juez solo ha enumerado razones histórico-biológicas, hechos científicos. La cucaracha es anterior. No es discutible.

EL JUEZ.- *(al Alguacil, en voz baja)* No añada sus juicios a los míos.

EL ALGUACIL.- *(en voz baja al Juez)* Perdone. Me embalé. Es que sus razonamientos me apasionan...

EL JUEZ.- *(satisfecho)* Lo entiendo, pero en adelante diga solo lo que le digo que diga.

EL ALGUACIL.- *(agradecido)* Así será, Señoría. Y, si me lo permite, enhorabuena por su lección de historia de la cucaracha.

EL JUEZ.- *(mirando con agradecimiento al Alguacil, luego se ajusta de nuevo la toga y la peluca y mira a los acusados)* Ya ha visto la acusada que no se le ha faltado al debido respeto a su religión, aunque sea minoritaria en este Estado Central Constitucional Renovado-Reformado Unitarista. Somos liberales. Lo disfrutan. Pero no abusen... Y responda a mi pregunta, o les acusaré también de desacato: con las pruebas y testimonios presentados, ¿Se declaran inocentes o culpables?

LA SEÑORA.- *(de nuevo en pie, con su peluche a su lado, ambos con la mano en el corazón)* Inocentes, Se... Señoría. Somos inocentes. Mi hijo se transformó. No era normal...

EL JUEZ.- *(furioso, dando golpes con el mazo por toda la mesa)* ¿Volvemos a las andadas? ¿Normalidad? ¿Acaso soy yo normal?

¹ Nota del editor. El juez parece que consulta la wikipedia: <https://es.wikipedia.org/wiki/Blattodea>
Afortunadamente, no hay delito de plagio en ello, al ser la sentencia un acto administrativo y no una obra de creación.

LA SEÑORA.- Sí, Se...

EL JUEZ.- (*interrumpiendo a la Señora, con furia*) ¿Cómo se atreve? ¡Yo no soy normal! ¡Hasta ahí podríamos llegar! (*mirando al Alguacil*) ¿Alguien podría pensar que yo soy... normal?

EL ALGUACIL.- (*mirándole con detenimiento, y luego con un aire solemne*) Por supuesto que no, Señoría. Usted no puede ni debe ser normal. Normales son la gente ordinaria y vulgar, pero su Señoría no...

EL JUEZ.- (*interrumpiendo al Alguacil, pero con satisfacción*) Ya basta. Se lo agradezco. Dígale a la acusada que cuide su lenguaje. Insultar a un juez es un delito gravísimo.

EL ALGUACIL.- (*a la acusada*) Su Señoría le advierte que cuide su lenguaje. Insultar a un juez es un delito gravísimo y... (*mira al Juez, que le señala con el mazo*) por tanto, insultarle es un gravísimo delito. Cuide su lenguaje, señora acusada.

LA SEÑORA.- (*hablando con el muñeco en voz baja, luego se dirige en pie a ambos*) Mi esposo y yo pedimos perdón si hemos podido ofenderle, Señoría. Nosotros pensábamos que ser normal no era ofensivo, pero seguramente estábamos ofuscados por nuestra condición ordinaria y vulgar. Le rogamos que acepte nuestras disculpas, y declaramos con satisfacción que usted, Señoría, no es normal. Afortunadamente, queremos decir. O sea...

EL JUEZ.- (*interrumpiendo, pero esta vez más sereno*) Ya es suficiente. Sigamos con la causa. Ustedes están aquí acusados de maltratar y dejar morir a su hijo, solo porque se había transformado en, etc. etc. Los testigos lo han confirmado. Las pruebas presentadas lo demuestran. Alguacil, traiga la foto de autos.

EL ALGUACIL.- Esta es... (*sacando de su bolsillo una foto plegada, que despliega con calma, e intenta alisar sobre la mesa, hasta que el juez se la quita con violencia*) ... Señoría!

EL JUEZ.- Oh... (*mirándola con detalle, acercando su cara a diversas partes de la gran foto desplegada*) Oh... (*devolviendo la foto al Alguacil*) ¡Qué asco!

LA SEÑORA.- (*indignada*) Se... Señoría! No puede hablar así de nuestro hijo...

EL JUEZ.- (*puesto en pie y de modo solemne*) ¡Cállese, asesina! ¡Asesinos! No me daba asco el pobre finado, Gregorio Samsa, que en paz descanse. Lo que me da asco es el delito. Como juez de vocación y por oposición, juez de por vida y para la vida, lo que me da asco... repito, lo que me da pampurrias... (*cada vez más fuera de sí*) ganas de vomitar... arcadas... es el delito. El infame delito cometido con este pobre ser cuya transformación homenajea ciento cuarenta y cinco millones de años de evolución, supervivencia, (*cada vez con un todo más elogioso*) adaptación, superación, casi inmortalidad... Y que hayan sido sus padres, precisamente sus padres, lo que le hayan llevado a la desaparición. ¿Hay nombre para un delito tan asqueroso? (*mirando al Alguacil*) ¿Hay nombre para un delito tan asqueroso?

EL ALGUACIL.- (*sin saber bien qué hacer, asiente a lo que dice el Juez*) No, Señoría.

envalentona más a la Señora) Arriba están los que nos ayudarán. Allí en lo alto nos veremos y juzgaremos. Se verá en el mismo Cielo...

EL JUEZ.- *(interrumpiendo a la Señora, con condescendencia)* Vale, vale. Si es en el Cielo, tenemos tiempo. *(al Alguacil, más tranquilo)* Pensé que tenían apoyos arriba, pero no tan arriba. Menos mal que sus apoyos están demasiado arriba... Esos no me preocupan, por ahora. *(a la Señora)* Ya tendrá tiempo abajo, abajo... *(señalando con el dedo pulgar hacia abajo, como señal de derrota)* para pensar en sus recursos de arriba. Van a tener mucho tiempo para prepararlos. Años de preparación... en una oscura prisión. *(al Alguacil, satisfecho)* Aún me salen las rimas.

EL ALGUACIL.- *(al Juez, con reverencia)* Excelente, Señoría. Tiene justa fama en poesía. Y perdone que yo también rime... humildemente.

EL JUEZ.- *(un poco molesto, se pone en pie y se justifica por última vez la toga y la peluca)* Ha llegado el momento. Los testigos han testificado. Las pruebas han probado. Los acusados se han defendido. Y este juez ha de juzgar. Y juzga... *(se oye una melodía de teléfono móvil, cada vez más alto)* Y he de juzgar... *(el teléfono suena cada vez más... la Señora mira su bolso a ver si es el suyo, hace algo parecido al Alguacil en su bolsillo y finalmente el Juez saca su móvil, que es el que está sonando)* Perdonen. Es urgente. *(en voz más baja, habla al móvil, pero lo oyen todos)* Estoy en un juicio... *(escucha lo que le responden)* No puedo ahora, de verdad. *(escucha lo que le responden)* ¡Te digo que estoy a punto de sentenciar, caramba! *(escucha lo que le responden, y se perciben gritos al otro lado de la línea telefónica)* De acuerdo. Pero será un minuto. *(al Alguacil)* Señor Alguacil, diga a los acusados que la sentencia se dictará después de un breve descanso. Que no abandonen la sala. *(se esconde un poco bajo la mesa para seguir la charla telefónica)*

EL ALGUACIL.- *(a los acusados, con solemnidad impostada)* Dice el Señor Juez que la sentencia se dictará después de un breve descanso. Queda totalmente prohibido abandonar la sala, señores acusados y... *(el Juez se asoma bajo la mesa y da un golpe de mazo en la cacerola, mientras mira al Alguacil con mala cara)* Recuerden lo que ha dicho su Señoría.

(todos se quedan como paralizados y poco a poco se va apagando la luz)

FIN

(salvo que los actos se quieran representar en otro orden, o repetirse hasta que ya no haya público, o los actores, agotados, no puedan continuar)